

Nuestro héroe merecía algo mejor. Si Querétaro erigiera en alguna de sus plazas públicas una estatua del que fué Muy Ilustre Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, apenas habría cumplido un deber. Pero, eríjase o no tal monumento, que, por suntuoso que fuera, siempre sería deleznable como todo lo de este pobre mundo, si podemos—y debemos, a fuer de buenos hijos—levantarle en el seno de nuestra sociedad un monumento más duradero y más noble: monumento de gratitud y amor filial. Que todos pongan su granode arena, reconociendo y confesando la magna labor por este hombre llevada a cabo admirablemente en todos órdenes, moral, religioso, social, intelectual.

Sabemos, no obstante, que no todos los queretanos abundan en esta persuasión: desde niños oímos llamar al Sr. Rosas intransigente, exagerado, retrógrado; pero estos dieterios en nada amenguan la clara luz que envuelve ese nombre, para nosotros venerable, amable, admirable; destello de la que envuelve su alma bienaventurada, como lo esperamos de la divina misericordia, en los esplendores de la gloria. A pesar de la grito de sus muchos detractores, nos parece escuchar, no sabemos si salida del sepulcro, o caída del cielo, una voz suave y persuasiva: *aunque tenéis muchos guías o maestros en la vida, pero no tenéis más que un padre: porque en Cristo Jesús, por el evangelio, yo os he engendrado.*

Así, pues, queretanos de buena voluntad, os invitamos a recorrer estas páginas. Leedlas: vuestro piadoso espíritu se recreará dulcemente recordando las heroicas virtudes de vuestro padre.

Y vosotros, los que os sintáis extraños a la gran familia formada por el Sr. Rosas, leed también, si gustáis: sabréis como vive y cómo muere un santo....



### Últimos días y santa muerte del Sr. Arcediano de Querétaro D. Florencio Rosas.

#### I.

*Et mortuus est* . . . . . Y murió . . . . .

Con esta palabra patética acostumbra el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura cerrar la historia de muchos personajes, como si quisiera especialmente hacer contrastar la grandeza de estos con la caducidad de la vida humana.

Todos moriremos, es cierto. "Son breves los días del hombre, exclamaba el sublime Job, el número de sus meses lo tienes, oh Señor, determinado; señalaste a cada cual el término de su vida, y nadie podrá traspasarlo" (1).

Mas esta certeza de la muerte no quita que nos llenemos de estupor cada vez que vemos caer un hombre grande al golpe de la guadaña inexorable.

¡Y murió! . . . ¡Qué final tan amargo para una historia tejida de grandes obras y de eximios méritos! . . .

¿Así, pues, el hombre santo y el perverso; el que arrebatada la admiración de todos y el humilde que vivió en oscuridad, todos tienen esta voz común: "Dije a la podredumbre: tú eres mi padre; y a los gusanos del sepulcro: sois mi madre y mis hermanos?!" (2)

Estas quejas brotan de nuestra pluma al tremendo dolor que nos ha causado la sentidísima muerte del M. Sr. D. Florencio Rosas: hombre grande, hombre santo, prudente; luz de muchos ciegos, apoyo y sostén de muchos débiles, consejero de tantos necesitados, consuelo de tantos afligidos, proveedor de los pobres, padre de los huérfanos, salvador de muchos pecadores, nervio de nuestra sociedad, columna de la Iglesia de Querétaro. . .

¡Murió! . . . . Sus días declinaron como una sombra, y

(1) Job, Cap. XIV.

(2) Job, Cap. XVII.

31  
A



aquella vida potente se marchitó como el heno del campo. . . . ¡Oh dolor, oh pena indescriptible!

¿Quién nos guiará en adelante? ¿De quién oiremos palabras de luz divina como las tuyas? ¿En qué pecho depositaremos con igual confianza que en el suyo, nuestras cuitas? Y los pobres, los huérfanos, ¿tendrán otro padre como él? Y otro sacerdote santo que detenga la ira del Señor sobre nosotros, ¿dónde se encontrará? . . .

## II

Fué por los últimos meses del año pasado de 1916 cuando nos persuadimos de que la preciosa vida del Sr. Rosas ya no se prolongaría por mucho tiempo. En efecto, aquel cuerpo agobiado por los trabajos de medio siglo de sacerdocio; extenuados los miembros, pálido y demacrado el rostro, denunciando muy graves padecimientos; aquellos ojos brillantes quebrantados por la fiebre; todo nos persuadía de que el fin se acercaba, y de que muy pronto quedaríamos huérfanos. . . .

En eso, acordaron los médicos (1) que el Sr. Rosas cambiara de casa, a fin de buscar en otro temperamento algún alivio a sus males; y desde este suceso, que se verificó el 12 de Diciembre, tomaremos la serie de ejemplos de virtud heroica, epílogo digno de una vida que no tememos calificar de santa y portentosa.

Nos contentaremos con apuntar rasgos generales.

Aceptando la prescripción médica, se trasladó el Sr. Rosas a la nueva casa, situada en la *otra banda*, o sea, en la parroquia de San Sebastián; a pesar de que muy pronto le habría sido no volver a salir de la humilde celda que le servía de dormitorio y despacho a la vez, y de la cual como si se hubiese sepultado en vida, no salió en largo tiempo sino para celebrar la santa misa, y para las necesidades indispensables.

(1) Es justo consignar aquí nuestra gratitud hacia los Sres. Dres. que tan bondadosa y esmeradamente atendieron al Sr. Rosas durante su larga enfermedad, y fueron los Dres. D. Ponciano Herrera y D. Vicente Guerrero; y por su valiosa ayuda tomando parte en las juntas, los Dres. D. Francisco M. Rivera y D. Alfonso Helguera.

Al dejar su amado retiro, sólo se preocupó de llevar, como único objeto que le interesara, un volumen de la Sagrada Escritura: deseaba prepararse para el viaje a la eternidad, conforme había vivido, teniendo continuamente en su corazón y en los labios el sagrado texto; y efectivamente, durante su larga enfermedad, se entretenía comentando algunos pasajes de los Salmos, siendo de admirar cómo aquel cerebro cansado concebía explicaciones y comentarios originales bellísimos. Dios concedió la dicha de asistir al venerable anciano hasta recoger su último aliento, al P. Salvador Salazar, designado por el M. I. y V. Cabildo Eclesiástico para proveer convenientemente a las necesidades del ilustre enfermo.

En estas circunstancias, y avanzando la enfermedad, el Sr. Cango. D. Pedro Vera hubo de encargarse del gobierno de la Diócesis, por delegación al efecto hecha oportunamente en su persona por el Sr. Vicario Capitular Cango. Lic. D. Manuel Reynoso; si bien no por esto dejó de trabajar el Señor Arcecano, pues los asuntos de mayor gravedad le eran consultados; y con este motivo, estuvo pendiente hasta lo último de las necesidades de la Diócesis, pues todavía la víspera de morir se le vió tratar sobre negocios importantes: el Señor Rosas fué siempre como de un temple de acero; sólo la muerte pudo arrancarle del puesto que la Providencia le había señalado en las batallas del Señor.

El Sr. Rosas se preparaba a morir como se prepara un Santo. Naturalmente, arregló con detenimiento los muchos gravísimos negocios que tenía entre manos; pero de una manera especial se preocupó de sus colegios, de aquellos colegios que tenía en el corazón, y que eran como las niñas de sus ojos. El había escogido para campo principal de su apostolado, la formación de los niños y de los jóvenes. Dios sabe, y Querétaro todo es testigo, de cuánto espíritu cristiano se infiltró en la sociedad por medio de los establecimientos de educación dirigidos y fundados por el Sr. Rosas durante casi medio siglo. Al morir, sólo le quedaban tres, de niñas: el Colegio Guadalupano, el Asilo del Espíritu Santo y el Taller del Sagrado Corazón de Jesús, a los cuales dedicó especial atención,



nombrando para su dirección, con anuencia del Gobierno Eclesiástico, al P. Salazar, a quien vehementemente encareció que tuviera entrañable y paternal caridad hacia sus queridas alumnas.

### III

Por aquellos días su unión con Dios fué admirable. Ya hemos dicho, y todos éramos testigos, de que nunca apartaba la mente de *su Dios*, como dulcemente decía; de Dios estaba lleno su espíritu, y por eso sus acciones y palabras todas llevaban el mismo santo sello. Pero al acercarse a la muerte, el Sr. Rosas creció todavía en su íntima comunicación con el cielo. No pudiendo ya celebrar, diariamente oía la santa misa y comulgaba con gran fervor, absteniéndose de recibir a su *Señor Jesucristo*, sólo el día que falleció, y algún otro, a causa de los fuertes accesos de tos. Asimismo, cuando le fué imposible rezar el Breviario, acudió a su devoción preferida, el santo rosario, encontrándole sus familiares a todas horas absorto en tan dulce práctica, inclinada la cabeza, cerrados los ojos, y ocultando con esmero el rosario, sin duda por huir de toda ostentación vana.

### IV

Consignaremos varios bellísimos rasgos de su profunda humildad.

Como acudiesen a sus puertas muchísimas personas para darle el último adiós, y recibir su bendición, las estuvo recibiendo, concediéndoles con su acostumbrada benevolencia el cumplimiento de su deseo piadoso y justo; pero no sin manifestar con franqueza que aquello le apenaba intensamente, y le desgarraba el corazón.

Acerca de su cadáver, previó con entereza todos los detalles. Dijo que desearía muy de veras ser sepultado en la viva tierra y sin honores; pero que, como esto no podría ser así, pedía por lo menos un cajón y unos funerales de los más sencillos. Su cadáver debería revestirse con los ornamentos menos finos, para que los mejores pudieran quedar al servicio del culto.

Una tarde, la del 17 de Marzo, hubo en la humilde alcoba del Sr. Rosas una escena conmovedora en alto grado. No queriendo Su Señoría salir de este mundo sin cumplir con aquella práctica cristiana de pedir perdón a los hermanos, mandó citar con premura una comisión del V. Cabildo, de los Párrocos y del Clero, entre ellos el que iba a sucederle en el gobierno del Obispado, Sr. Cango. D. Pedro Vera. Rodeado de este grupo de sus queridos hijos, en los cuales contemplaba también a los que no podían concurrir, con humildes palabras empezó a pedir perdón del mal ejemplo dado en su larga vida; a lo que el Sr. Vera con sentidas frases contestó que muy lejos de eso, todos estaban edificados de sus virtudes correspondiéndonos pedirle perdón de cuantas penas hubiera sufrido por causa del clero. En el mismo sentido tomó la palabra el Sr. Cura D. Antonio Olguín, quien con no menos amor, y en medio de la consternación de los presentes, cayó de rodillas, protestando que no tanto defectos que perdonar, cuanto ejemplos que admirar se había siempre visto en él; que los presentes a nombre de todos le pedían perdón de sus faltas y de sus desvaríos; y que en aquel momento solemne todos le prometían guardar con fidelidad el espíritu divino de la vocación que él había cultivado con sus fatigas y desvelos; a lo que el Sr. Rosas contestó reposadamente que, en efecto, confiaba por la gracia de Dios haber edificado a sus hijos, pero tal vez no lo bastante; y tornó a pedirles perdón.

Los sacramentos para la muerte le fueron administrados reservadamente, porque no quiso en su humildad llamar la atención atrayendo al rededor de su lecho los muchos sacerdotes y fieles que, a saberlo, hubieran asistido a dicho acto.

### V

Seríamos interminables, a referir todos los episodios de los últimos días del llorado Sr. Rosas. Bástenos decir que todo en él fué edificante hasta el fin. La piedad para con Dios; la caridad hacia el prójimo, ocupándose seriamente con perjuicio de su salud, de negocios ajenos; la energía en corregir a los culpables; la delicadeza de su con-



ciencia para expeditar sus asuntos pendientes, pues se ocupó hasta de casos ocurridos cuarenta años atrás; la humildad en rehusar los servicios de todos, hasta de los criados, ruborizándose cuando se veía precisado a recibir las curaciones de mano ajena; la solicitud con que velaba sobre la diócesis; pero sobre todo, aquel su espíritu todo embebido en el pensamiento de Dios, en las verdades de la fe.

Pocos días antes de morir suplicó al P. Salazar le ayudase a vestirse de ropa limpia, pues quería que nadie tocara su cuerpo después de muerto, y al efecto dirigióse a su lecho; pues es de notar que no guardó cama, sino los últimos tres días.

Como ejemplo de abnegación se nos refirió el siguiente. Decían los médicos que una ulceración que tenía en la faringe debía producirle agudos dolores para hablar y para tomar el alimento. Sin embargo, él se sobreponía a estos sufrimientos con heroicidad: tomaba la taza de leche en sus manos, vacilaba un momento; después, para darse ánimo, clamaba: ¡Jesús, María y José!, y con presanteza pasaba muchos sorbos de la taza. Y muchas veces, en vomitando lo que bebía, por efecto de la tos o del asco natural, volvía a tomar la taza, y con los dolores y repugnancia que se deja entender, pasaba de nuevo el alimento, hasta lograr retenerlo.

La víspera del día fatal, envió recado al Sr. Dr. Herrera, indicándole ciertos síntomas extraordinarios y preguntando si serían ya mensajeros de una muerte próxima. Dijo al enviado: "Porque aunque, gracias a Dios, estoy dispuesto para morir, quisiera, sin embargo, estar actuado cuanto es posible hasta lo último." El Dr. contestó al importante recado con palabras de consuelo, afirmando que no le parecía llegada la hora; y en efecto, hasta el día siguiente al caer de la tarde, se presentaron los signos inequívocos de la muerte.

El mismo Sr. Rosas dió la voz de alarma, pidiendo que algún sacerdote rezara las preces de la recomendación del alma; y tuvieron esta dicha el Sr. Cura Olguín y el P. Salazar.

También el Sr. Canónigo Don Pedro Vera estuvo pre-

sente a la recomendación del alma; y durante la agonía, en los tres colegios se estuvieron haciendo fervorosas oraciones.

Bañado su rostro con el sudor de la muerte, agitada la respiración, invocaba continuamente el dulce nombre de Jesús, besando con ardiente amor el Crucifijo y una imagen de su dulce Madre la Sma. Virgen de Guadalupe, señalándose también repetidas veces con la santa cruz.

Y así, ordenadas las cosas que dejaba en la tierra; lleno de días y de méritos; consumadas muchas grandes obras para la gloria de Dios; madura su grande alma para el cielo; a las 11 de la noche del 27 de marzo de 1917 entregó suavemente el espíritu el Apóstol de Querétaro, contando 75 años, un mes, de edad; 50 años nueve meses de sacerdocio; 40 años como miembro del M. I. y V. Cabildo; 24 de Arcediano de la Santa Iglesia Catedral; 11 de Congregante de Nuestra Señora de Guadalupe, y 3 de Provicario Capitular del Obispado.

*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum eius! . . .* Estas palabras del salmo vienen irresistiblemente a la memoria al recordar la muerte del Sr. Rosas. Fué un varón santo: por eso, su muerte, a la vez que santa a los ojos de los hombres, esperamos habrá sido muy hermosa en la presencia del Señor! . . . .

**Misa de cuerpo presente.—Sepultura.**

No tememos asegurar que jamás se había visto en Querétaro un duelo semejante al que se apoderó de todos los corazones al propalarse, a la mañana siguiente, la dolorosa noticia. Todos los semblantes reflejaban intensa amargura. *¡Ha muerto un santo, ha muerto un hombre grande!* decían unos; *¡ha muerto mi padre, el padre de Querétaro!* gemían otros; y todos acudían, consternados y desolados, a la Santa Iglesia Catedral, donde se verificaron las funerales de cuerpo presente. Este acto fué un homenaje espléndido en honra del Sr. Rosas por su espontaneidad. Sin que hubiera sido posible anunciarlo al pue-

31  
32



blo, por lo temprano de la hora, sin embargo, el templo estaba henchido de fieles: con la velocidad del rayo había volado la noticia, como vuelan todas las que interesan al amor de las muchedumbres, y toda la sociedad, sin distinción de clases, acudió a tributar a su padre el último tributo de su gratitud y de su amor. ¡Qué espectáculo tan emocionante! Ricos y pobres, sacerdotes y pueblo, personas cultas y gente ruda, todos quisieron acercarse a los venerables despojos, y rodear el altar donde se inmolaba la Víctima Divina que iba a merecer para el amado difunto la purificación de sus pecados, de que nadie está exento, y el ósculo de la paz eterna con Dios. Ofició en la misa y dió la absolución *ad tumultum* el Sr. Provicario Capitular D. Pedro Vera, asistido por los Sres. Pbro. D. Luis Hernández y D. Manuel Arévalo. La capilla musical ejecutó un invitatorio del P. Velázquez, unos responsorios del Sr. D. Agustín González y la sentimental misa con el *Libera me* de Casciolini.

El venerable cadáver permaneció en la Catedral continuamente acompañado por grupos de personas, hasta las 4 de la tarde, hora en que se le trasladó al sepulcro en el cementerio de San Sebastián. También este acto fué una espléndida manifestación de amor, por el concurso inmenso de pueblo que hizo cortejo; no hubo etiquetas de ningún género: el amor y el dolor más sinceros rebosaban de todos los concurrentes. Todos querían llevar a hombros el féretro, o caminar siquiera cerca de él, y, una vez llegados al sepulcro, todos hubieran deseado contemplar por última vez el rostro de su padre. . . . . Cayó la tierra sobre el féretro, y parecía que se nos arrancaba el corazón. . . . . Si nos fuera lícito usar de una palabra pagana, diríamos que aquel acto fué la apoteosis del Sr. Rosas. En lenguaje cristiano, fué la realización de la promesa que Dios tiene hecha de colmar de honores a sus siervos: *Nimis honorati sunt amici tui Deus.*

### Funerales del día trigésimo.

No satisfecho el clero queretano con las exequias que

dejamos reseñadas, porque, aunque nacidas de una sincera piedad y muy grande amor, no habían sido preparadas como era razón para que resultaran dignas del ilustre finado; hubo de organizar nuevos funerales que se celebraron muy solemnemente al día trigésimo, en la Santa Iglesia Catedral.

Al efecto, de acuerdo el M. I. y V. Cabildo Ecco. y la V. Congregación de Clérigos Seculares de Sta. María de Guadalupe, corporaciones ambas que lloran en la muerte del Sr. Rosas, la pérdida de su miembro decano, se dieron las siguientes comisiones para expedir las cosas: el M. I. Sr. Provicario Capitular se encargó de presidir los trabajos; el Prefecto de la V. Congregación Sr. Pbro. D. Honorato Herrera atendería al ornato del templo en unión con el Sr. Pbro. D. Juan B. Bustos; los Sres. Pbro. D. Alberto Luque y D. Luis T. Cañas fueron encargados de coleccionar donativos entre los eclesiásticos, y el Sr. D. Juan B. Alcocer entre los congregantes seculares; se invitaría al Sr. Congo. Magistral D. Daniel Frías para que hiciese el elogio fúnebre; y el Sr. Pbro. D. Aureliano Silis cuidaría de la ordenada distribución de *invitaciones*.

Los maestros Pbro. D. J. Guadalupe Velázquez y D. Agustín González compusieron todas las piezas musicales que se ejecutaron, como después diremos. También se divulgó el deseo de que algunas personas ofrecieranísticos, inscripciones o alguna otra composición para el ornato del templo, y a esto obedecen las que más adelante reproducimos.

Llegado el día 30º, 27 de Abril, se verificaron los funerales con mucha pompa y grande orden.

El templo enlutado ofrecía un aspecto imponente; en el catafalco, sobre los altares y en los muros se colocaron las composiciones susodichas. La numerosa concurrencia la formaban personas de todas las clases sociales, distribuidas ordenadamente, ocupando sitios especiales. En el presbiterio tomaron asiento los sacerdotes de ambos cleros, que concurrieron en grande número, siendo este detalle altamente significativo. Nosotros, al ver aquel compacto grupo de blancas cotas, no pudimos dejar de con-



movernos, recordando cómo la mayor parte de los sacerdotes presentes lloraban unánimes al padre de su sacerdocio. Ellos, los niños de otro tiempo que habían sentido las caricias paternas del Sr. Rosas; los seminaristas de muchas épocas que escucharon de sus labios documentos bellísimos de sabiduría y de virtud, ahora venían de los extremos de la diócesis, cargados de frutos apostólicos, a depositarlos sobre la tumba de su llorado Padre. Recordábamos entonces aquella palabra de Isaías: *Filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent*. Se habían congregado todos los hijos: los varones, esto es, los que había formado su corazón de apóstol y de héroe para las fatigas del campo del Señor, al lado de aquel otro coro de almas cristianas, hijas también de su fecundo espíritu, criadas para otros géneros de apostolado, herederos unos y otras del tesoro bellísimo de virtud que corona la memoria del Sr. Rosas: *Filii tui de longe venient, et filiae tuae de latere surgent*.

Entre los sacerdotes presentes recordamos los que siguen: Sr. Pro-Vicario Capitular, Sres. Cangos. Penit<sup>o</sup> D. Ignacio Carrillo. Dr. Lic. D. Jesús M. Barbosa y Magtral. D. Daniel Frías; RR. PP. Fr. Angelo M. Ruiz y Ruiz, Fr. José Alonso Fr. Mariano Villagómez, Fr. Bernardo Aguilar, Fr. Alberto Castelazo. Fr. Salvador Monroy; Sres. Curas Pbro. D. José Trinidad Cervantes, D. Marciano Tinajero, D. José M. García, D. Ezequiel Contreras, D. José M. Arredondo, D. Petronilo Uribe, D. Tomas Maciel. D. Jesús Frías; Pbro. Lic. D. Faustino Sánchez, D. Juan B. Bustos, D. José Mosqueda, D. Luis T. Cañas, D. Alberto Luque, D. Antonio Olguín, D. Aureliano Silis, D. Edmundo Ugalde, D. Rafael Ordóñez, D. Fernando Núñez, D. Salvador Salazar, D. Zacarías Ramírez, D. Ricardo Rosas, Dr. D. Rafael Herrera, D. Luis Hernández, D. Severiano Rivera, D. Domingo Tinajero, D. Juan García, D. Alberto García, D. Manuel Arévalo, D. Gregorio Vide-rique, D. Fidencio Arroyo, D. Leopoldo Ruiz, y Dr. D. Salvador Septién.

Ofició en el altar el M. I. Sr. Provicario Capitular, acompañado por los Sres. Curas D. J. Trinidad Cervantes y D. Marciano Tinajero. Concluida la misa, el Sr.

Magistral leyó su oración fúnebre, notable por la riqueza de datos biográficos, por el grande amor con que fué escrita, por la acertada manera de presentar la figura del Sr. Rosas, y por la emoción con que fué pronunciada.

El desempeño musical fué digno de enhorabuenas. Se ejecutaron tres fabordones y cuatro responsorios del maestro Sr. González, composiciones notables, en concepto de peritos, por su riqueza, sonoridad y gusto artístico. El Sr. González nos ofreció en los tres primeros responsorios unos ejemplares de ese género de composición que él viene cultivando, consistente en tomar las melodías gregorianas, revistiéndolas con las galas de la polifonía.

El P. Velázquez compuso la misa y la *sequentia*. No será nuestra alabanza la primera que se le tributa. En esta ocasión el P. Velázquez se propuso hacer *una cosa sencilla*—son sus palabras— *como fué sencillo y humilde el personaje a cuya memoria la dedicaba*; sin embargo, estas composiciones honran al distinguido maestro queretano, por su sentida inspiración y por su sabor de la antigua escuela clásica.

\*  
\* \*

Y aquí ponemos final a estos sencillos apuntes.

Séanos permitido sólo, antes de dejar la pluma, elevar una plegaria ardiente al Padre de Querétaro en nombre de todos sus hijos:

¡Oh Padre inolvidable! Como tuviste a bien amarnos mientras viviste en el suelo; sigue amándonos desde el trono de gloria en que te contemplamos. Bendice a tu Querétaro, el campo de tus fatigas y sudores, para que conserve incólume la santa fe que en él sembraste. Que seamos en verdad herederos de tu bellísimo espíritu, los que nos honramos bendiciendo tu memoria!....





INSCRIPCIONES QUE SIRVIERON PARA EL  
Ornato de la Sta. Iglesia Gatedral.

*Beatus ille servus quem cum venerit Dominus, invenerit  
vigilantem.*

Luc. Cap. XII. v. 37.

*Somnus justis est mors, immo magis transitus ad meliorem  
vitam.*

S. Basilii de Baalam mort.

*Timenti Dominum bene erit in extremis, et in die defun-  
ctionis suae benedicetur.*

Eccli. Cap. I. v. 18.

*Cum dederit dilectis suis somnum, ecce haereditas Domini.*

Psal. Cap. XXVI. v. 1.

Mis días se han abreviado, y no me queda más que el  
sepulcro.

*Job. Cap. XVII. v. 1.*

Voy a dormir en el polvo; si me buscas mañana, ya no  
existiré.

*Job. Cap. VII. v. 31.*

Los días del hombre son breves; el número de sus meses  
está en tus manos; Tú señalaste los términos de su vida  
los cuales no podrá pasar.

*Job. Cap. XIV. v. 5.*

Por fin volaste a la región amada,  
Mas....., tu memoria, quedanos grabada.

Faustino Sánchez

Buscó, Señor, en todo tu justicia,  
Y de tu reino hablaba con delicia.

Faustino Sánchez

Tienen en su virtud los ojos fijos  
Para imitarla, sus amantes hijos.  
Uriel J. de Samaniego.

Grabado en nuestros pechos ha quedado.  
El recuerdo de un Padre tan amado.  
Juan B. Bustos.

Brille sobre él la luz indeficiente,  
Y goce del Bien sumo, eternamente.  
Faustino Sánchez.

Amparo sigue siendo desde el cielo,  
De quienes te lloramos sin consuelo.  
Valentín F. Frías.

Fiel Sacerdote, de virtud modelo,  
Preciado galardón halló en el cielo.  
Uriel J. de Samaniego.

Justo sería llamarte "El Capistrano",  
De tu querido pueblo queretano.  
Valentín F. Frías.

Nunca dejó de caminar con celo,  
Por el calvario de la vida, al cielo.  
Faustino Sánchez.

Llevaste con tu celo, por millares,  
Tranquilidad y paz a los hogares.  
Juan B. Bustos.

Grabó su nombre en los cristianos pechos  
La caridad, que enalteció sus hechos.  
Uriel J. de Samaniego.

Como dechado de virtud fué visto,  
Esparciendo doquier olor de Cristo.  
Faustino Sánchez.

En las terribles luchas de la vida,  
La fe y la caridad fueron su egida.  
Juan B. Bustos.

Tus virtudes labraron y tu ejemplo,



En cada pecho queretano un templo.  
Valentín F. Frías,

Su palabra evangélica fué espada  
De dos filos. por todos admirada.  
Faustino Sánchez,

De tu fe y amor hubimos la esperanza,  
De ver a Dios en la bienaventuranza.  
Luis T. Cañas

Fueron la fe, el amor y el sufrimiento  
Lo que a tu alma dió gozo; no tormento.  
Luis T. Cañas

De la Virgen María fué siempre amante,  
Y en propagar su culto muy constante.  
Juan B. Bustos

## SONETOS

### I

Beati estis cum maledixerint vobis...  
propter me.  
Gaudete, et exultate, quoniam merces  
vestra copiosa est in caelis....

Matth. V. 11. 12.

Insigne campeón que defendía  
La causa del Señor en este suelo,  
Con el mundo luchó en tremendo duelo,  
Puesta en Dios su confianza y en María.

Su escudo fué la Cruz, la Eucaristía  
Su fuerza, su arma el bien, y su desvelo  
Ganar almas a Dios; que santo celo  
De la gloria de Dios lo consumía.

Partió, del mundo, que lo odiaba tanto,  
Heroico vencedor... ¡Feliz partida;  
Que si ella arranca, de dolor profundo,

Ayes al alma y a los ojos llanto,  
Le ciñe la corona prometida  
A los que en odio a Cristo execra el mundo!

### II

Bona exempla voces edunt omni tuba  
clariores....

S. J. Chryst. Hom. 15 in Matth.

Hoy absorto escuché su voz querida,  
Su voz que ayer enmudeció la muerte;  
Voz que, vibrando en la conciencia inerte  
De muertos mil, les devolvió la vida.

Ponderaba la dicha no mentida  
Del alma justa, que su nada advierte,  
Y su bien cifra en el raudal que vierte,  
De sangre de Jesús, amor deícida.

¡Qué voz oigo!, exclamé: *¿No, del Prelado,  
En la tumba reposa el cuerpo helado...?*  
*Es que en el alma de sus hijos vive,*

Pensé al entrar al enlutado templo:  
*Allí su voz de padre se percibe:  
Allí predica santidad su ejemplo.*

(1917)

Carlos Siurob.







El autor de la modesta composición que sigue, intenta honrar en ella la veneranda memoria del M. I. Sr. Arcediano y Provicario Capitular D. Florencio Rosas, y solicitar sufragios en favor de su alma. Ciertamente, no los rehusará la piedad de los católicos queretanos, a quienes S. S. M. I. tanto favoreció durante su larga vida.

